
Álvaro del Portillo, en la escuela de santidad de san Josemaría Escrivá

Álvaro del Portillo: In the School of Holiness of Saint Josemaría Escrivá

RECIBIDO: 20 DE AGOSTO DE 2014 / ACEPTADO: 10 DE OCTUBRE DE 2014

Antonio ARANDA

Facultad de Teología. Universidad de Navarra
Pamplona. España
aranda@unav.es

Resumen: El autor muestra que en la escuela de santidad de Josemaría Escrivá, el Beato Álvaro del Portillo no sólo aprendió de las enseñanzas del fundador del Opus Dei, sino que, sobre todo, se esforzó en identificarse en todo con él: con su espíritu, con sus obras, con sus intenciones, con su persona. El presente trabajo se centra especialmente en su ejercicio de las virtudes teologales, aunque toda su vida fue una réplica fiel y filial de la de san Josemaría. Cabe, pues, decir que participó filialmente de la fe, la esperanza y la caridad de san Josemaría.

Palabras clave: Álvaro del Portillo Diez de Sollano, Santidad, San Josemaría Escrivá, Opus Dei.

Abstract: The author shows that in the school of holiness of Josemaría Escrivá not only did Blessed Álvaro del Portillo learn from the teachings of the founder of Opus Dei, but he also strived to conform himself in all things to him: to his spirit, to his works, to his intentions, to his person. The present work focuses especially on his exercise of the theological virtues, although his entire life was a faithful and filial replica of that of Saint Josemaría. In other words, Blessed Álvaro del Portillo participated filially in the faith, the hope, and the charity of Saint Josemaría.

Keywords: Álvaro del Portillo Diez de Sollano, Holiness, Saint Josemaría Escrivá, Opus Dei.

1. INTRODUCCIÓN

El Concilio Vaticano II, dentro del capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen gentium*, dedicado a la llamada universal a la santidad en la Iglesia, enseña que: «Una misma es la santidad cultivada en los distintos géneros de vida y de ocupaciones por aquellos que, guiados por el Espíritu de Dios, obedientes a la voz del Padre y adorando a Dios en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, para merecer ser partícipes de su gloria. Cada uno debe caminar sin vacilación, conforme a los propios dones y funciones, por el camino de la fe viva, que enciende la esperanza y obra por la caridad»¹.

Se abren estas reflexiones recordando esas palabras del Concilio por una doble razón. En primer lugar, porque al meditar sobre cómo centrar el tema que vamos a tratar –una exposición acerca de la profunda relación entre san Josemaría Escrivá y el beato Álvaro del Portillo²–, nada hay tan abarcante y definitorio de la existencia personal de cada uno de ellos, y de su mutua relación paterno-filial (en san Josemaría como padre y maestro, y en don Álvaro como hijo y discípulo), como la santidad alcanzada por ambos según el espíritu del Opus Dei y confirmada por la Iglesia. Y, en segundo lugar, elegido ese argumento, y siendo preciso delimitarlo dada su magnitud, parece oportuno fijar la atención principalmente sobre lo que, según la doctrina católica –de la que el mencionado pasaje de *Lumen gentium* ofrece un autorizado testimonio–, constituye la vía regia de la santidad cristiana, entendida ésta como un proceso de identificación con Jesucristo, a través del ejercicio esforzado de todas las virtudes sobre el fundamento de las teologales.

Era también necesario tener en cuenta que el camino por el que anduvo Álvaro del Portillo hacia esa identificación, fue el que aprendió a recorrer junto a san Josemaría, siguiendo fielmente sus enseñanzas y su ejemplo de lucha por la santidad. Se cumple aquí, una vez más, lo que señala también *Lumen gentium* en su n. 50: «Al mirar la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo

¹ LG 41.

² Las obras citadas en este trabajo están directamente relacionadas con la concreta temática desarrollada. Sobre la figura y la doctrina teológica, jurídica y espiritual del beato Álvaro del Portillo, y su relación con san Josemaría, cfr. DEL PORTILLO, Á., *Rendere amabile la verità. Raccolta di scritti di Mons. Álvaro del Portillo. Pastoral. Teologici. Canonistici. Vari*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1995; GEFAELL, P. (a cura di), *Vir fidelis multum laudabitur. Nel centenario della nascita di Mons. Álvaro del Portillo*, vol. I-II, Roma: ESC, 2014.

(...) aprendemos cuál es (...) el camino seguro conforme al propio estado y condición de cada uno, que conduce a la perfecta unión con Cristo, o sea a la santidad. Dios manifiesta a los hombres en forma viva su presencia y su rostro, en la vida de aquellos (...) que con mayor perfección se transforman en imagen de Cristo. En ellos, Él mismo nos habla y nos ofrece su signo de su Reino hacia el cual somos poderosamente atraídos».

Eso es lo que se advierte, en efecto, en el caso del beato Álvaro y de san Josemaría. Ambos han alcanzado la identificación con Cristo, pero el primero lo ha hecho como hijo y discípulo del segundo, a través de la asimilación de su espíritu y siguiendo en todo su ejemplo. Identificarse con san Josemaría, para alcanzar la identificación con Cristo, era para Álvaro, como con buen humor decía: «seguir el conducto reglamentario».

Así, pues, la cuestión a tratar, de la que el título propuesto quiere ser un fiel reflejo, puede ser enunciada como una invitación a contemplar: a) la santidad de Álvaro del Portillo según las enseñanzas y el modelo de san Josemaría, que él se esforzó en hacer suyo, y b) limitando la exposición a algunos aspectos significativos de su admirable práctica de la fe, la esperanza y la caridad.

2. EN LA ESCUELA DE LA FE DE SAN JOSEMARÍA

El Catecismo de la Iglesia Católica, haciéndose eco de la tradición cristiana, describe la fe como una adhesión personal del hombre a Dios, que se ha revelado mediante sus obras y sus palabras³. Por la fe, la criatura somete por completo al Creador su inteligencia y su voluntad, y acoge sinceramente su revelación. Esa respuesta fiel a la Palabra reveladora, denominada en el lenguaje cristiano «obediencia de fe»⁴, ha sido descrita por el Concilio Vaticano II en un pasaje de la Constitución dogmática *Dei Verbum*, que dice: «A Dios que revela se le debe la obediencia de la fe, por la que el hombre se le confía libre y totalmente, prestándole el homenaje del entendimiento y de la voluntad, y asintiendo voluntariamente a la revelación que hace. Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que previene y socorre, y los auxilios internos con los que el Espíritu Santo mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da a todos suavidad en el aceptar y creer la verdad»⁵.

³ Cfr. CEC 176.

⁴ Cfr. *ibíd.*, 143, donde se hace referencia a Rm 1,5 y 16,26.

⁵ DV 5.

Una vez aceptada con libertad, la fe, al ser una invitación operativa por parte de Dios a seguir a Cristo y a identificarse con Él, pide al creyente disponibilidad y compromiso activo con la propia santificación y con la misión de la Iglesia. Álvaro del Portillo, adoptando como era normal en él formas de lenguaje espiritual características de Josemaría Escrivá, hablará, en ese sentido, de un *compromiso de amor*, «que nos ata dulce y fuertemente al Señor, (...) para trabajar apasionadamente por la Iglesia Santa»⁶. Tales palabras ofrecen, en su sencillez, una clave elocuente de su propia existencia personal, enteramente apoyada y edificada sobre el fundamento de su fe en Dios y en san Josemaría.

La cualidad propia del ejercicio de esa virtud –sea referida a Dios o a una criatura– es la fidelidad, que puede ser descrita como la observancia de la fe que se debe a otra persona, esto es, como lealtad. En ese sentido, es la cualidad exigible al bautizado, el *christifidelis*, miembro de la Iglesia, a cuya lealtad con Dios (u obediencia de fe) se halla estrechamente vinculada la constancia en su lucha por la santidad, y la perseverancia en su confesión creyente ante los hombres.

«*Fidem servavi*», dirá de sí mismo san Pablo al final de su vida: «he peleado el noble combate, he alcanzado la meta, he guardado la fe»⁷. Tales palabras son perfectamente aplicables al beato Álvaro del Portillo, cuya fidelidad a Dios, a la Iglesia y al Papa, al sacerdocio, y en definitiva a su vocación divina, puesta de manifiesto de manera elocuente por la Congregación de las Causas de los Santos en el Decreto sobre sus virtudes⁸, tuvo a partir de 1935 –fecha de su encuentro con san Josemaría– la vitalidad y el ímpetu de su fe en el fundador y en el espíritu del Opus Dei.

A don Álvaro, presentado universalmente en nuestros días como *vir fidelis* conforme al calificativo que, tomado de la Escritura (cfr. Prov 28,20), le asigna san Josemaría, le fueron otorgadas por la Providencia unas cualidades humanas que, maduras y enriquecidas por la gracia, conformaron la base estable de una personalidad esencialmente leal. Sobre ese fundamento, fueron

⁶ DEL PORTILLO, Á., *Cartas de familia* (en adelante, CF), I, n. 313 (en Archivo General de la Prelatura, Biblioteca, P17). El uso de la expresión: «compromiso de amor», aplicada a la fe y a la actitud de lucha espiritual que engendra en el creyente, puede verse utilizada por san Josemaría, por ejemplo, en ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Es Cristo que pasa*, 1 ed. Madrid: Rialp, 1973, n. 74 (ladillo).

⁷ 2 Tm 4,7.

⁸ CONGREGACIÓN DE LAS CAUSAS DE LOS SANTOS, *Decreto de virtudes del Siervo de Dios Álvaro del Portillo y Diez de Sollano*, Roma, 28-VI-2012.

plasmándose y manifestándose en él, con creciente intensidad, los rasgos de un ejercicio generoso de la fe, acorde con la vocación recibida. Entre sus características cabe destacar, además de las dos que venimos señalando –es decir: una fe plena en san Josemaría y en el espíritu del Opus Dei, y una fidelidad inquebrantable de su entrega a Dios al servicio de la Obra y de la Iglesia–, una tercera característica fundamental: su total fidelidad a la doctrina y a la disciplina de la Esposa de Cristo, y su disponibilidad ante las peticiones de la Jerarquía.

Con su libre correspondencia, Álvaro del Portillo ha sido, en efecto, desde el inicio de su vocación, una persona ejemplarmente fiel y leal a san Josemaría: un buen hijo suyo. Ese particular timbre filial, que caracterizó de manera patente su figura mientras vivió en la tierra el fundador, siguió igualmente presente –y, de algún modo, acrecentándose– cuando le correspondió sucederle y asumir su función al frente de la Obra. Si san Josemaría se sabía llamado a ser «padre, maestro y guía de santos»⁹, también don Álvaro, como sucesor suyo, se supo llamado a asumir esa responsabilidad, pero como hijo de san Josemaría: dejándose guiar por él, buscando siempre su amparo, queriendo simplemente ser un instrumento dócil en sus manos.

Su referencia permanente y radicalmente fiel al fundador y a la continuación en el tiempo de su misión, constituye un rasgo determinante de la vida del nuevo beato. Toda su existencia, antes y después del fallecimiento de san Josemaría, ofrece constantes muestras de una filial voluntad de servicio, nutrida de su fe en el fundador y en su espíritu. Es hasta tal punto así que, una vez alcanzada la conformación canónica definitiva del Opus Dei (en 1982), por la que san Josemaría tanto luchó sin poderla ver realizada en la tierra; y una vez elevado ya a los altares (en 1992), lo que significaba también el reconocimiento por la Iglesia de la eficacia santificadora del espíritu fundacional, don Álvaro dio a entender que su «papel» aquí abajo había llegado, de algún modo, a su término.

La fe en san Josemaría se había traducido en él, a partir de 1935, en el principio dinámico de su existencia filial. Desde el inicio de su entrega a Dios en la Obra, Álvaro cree firmemente en san Josemaría y en su misión; le ayuda de manera incondicionada; trabaja apostólicamente junto a él con entera dis-

⁹ Es lo que escribe de sí mismo, en 1933, en sus *Apuntes íntimos*, n. 1725: «es menester que sea santo y padre, maestro y guía de santos» (cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, I, Madrid: Rialp, 1997, cap. VIII, n. 5).

ponibilidad. Unas palabras suyas, referidas a san Josemaría y a los primeros años de su vocación dan, en cierto modo, la clave de cuanto decimos: «En aquella figura amadísima suya veíamos la representación de Dios, porque nuestro Padre había alcanzado de modo patente la perfecta unidad de vida en esta tierra, no interrumpiendo jamás su unión con el Señor: oía constantemente en su corazón las divinas inspiraciones, que nos transmitía fielmente, confirmándonos en la fe, dirigiendo nuestros pasos, alimentando nuestra vida interior»¹⁰.

Tuvo clara conciencia de que, por su vocación a la Obra, su existencia no tenía otra finalidad que ayudar a san Josemaría en todo cuanto pudiera, descargándole de aquellas tareas que no fuera imprescindible que hiciera el fundador. Y es también, al mismo tiempo, absolutamente acorde con la verdad histórica que san Josemaría sabía perfectamente que podía contar con ese hijo suyo para todo. Así, pues, la fe de Álvaro en san Josemaría –fe con obras, y muchas veces obras extraordinarias–, tuvo siempre, como correlato inseparable, la convicción del fundador de poder contar totalmente con su hijo Álvaro.

En diversas ocasiones y en contextos diferentes hizo referencia san Josemaría a la fe que tuvieron en él, los primeros que, sin medios, con objetivas dificultades, etc., le siguieron. Tuvieron, como solía decir, «*fe en Dios y fe en este pecador*». Lo afirmaba, en especial, de su hijo Álvaro. A veces, en ausencia del interesado, puso su fidelidad como ejemplo para los demás con palabras semejantes a éstas, que muchos han podido escuchar directamente: «*tenéis que aprender de la lealtad de este hombre a ser leales vosotros*». Cabe, sin duda, afirmar que la lealtad filial e incondicionada de Álvaro hacia el fundador, don que Dios le concedió y al que correspondió generosamente, redundó también en beneficio de todo el Opus Dei, pues se manifestó como ejemplo atrayente de filiación y de fraternidad.

Es ampliamente conocido el hecho de que el nuevo Beato, en los primeros años de su vocación y durante un cierto periodo de tiempo, fue denominado familiarmente *saxum* (roca) por el fundador. La dimensión familiar del apelativo, dentro de una intensa relación paterno-filial, no obsta para que se deba poner también de relieve su sentido espiritual alegórico. San Josemaría estaba aludiendo con ese nombre a la firmeza de las disposiciones, sólidas y es-

¹⁰ CF, II, n. 52.

tables como la roca, de aquel hijo, en las que podía confiar con absoluta certeza. *Saxum* y fidelidad fueron siempre unidos: la fe de Álvaro en el fundador fue para éste firme apoyo de toda su tarea fundacional.

El día 29 de junio de 1975, a los tres días del fallecimiento de san Josemaría, Álvaro del Portillo, en su función de Secretario General del Opus Dei y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, dirigió a todos los miembros de la Obra una carta a la que dio el título de «Nuestro Padre en el Cielo»¹¹. Tenía como finalidad hacer llegar a todos un relato detallado de las últimas horas del fundador, acompañado de algunos consejos que les pudieran ayudar a vivir con sentido sobrenatural aquel doloroso acontecimiento¹².

La carta, junto al sentimiento de filial aflicción, refleja la fraternal responsabilidad de don Álvaro de querer acompañar a todos, confortándoles en la fe. Su contenido trae a la memoria, de algún modo, aquella frase del Señor: «Yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos» (Lc 22,32). Con ánimo delicado y resuelto, en momentos en que su dolor era desmedido, fomenta en los demás el espíritu de fe y les llama a una plena fidelidad¹³. En septiembre de aquel mismo año, a los pocos días de ser elegido para suceder al fundador, escribió a los miembros de la Obra la primera de sus Cartas como Presidente General del Opus Dei¹⁴, en la que trazaba las líneas maestras de la nueva etapa que se ha abierto en la historia del Opus Dei. Se resumían en una palabra: fidelidad. La etapa que comenzaba, y que habría de durar ya para siempre, fue denominada, en efecto, por don Álvaro como «etapa de la *continuidad en la fidelidad*»¹⁵. Viniendo de él –viniendo en realidad de su fe en Dios y en san Josemaría– no podía ser de otro modo.

¹¹ Cfr. CF, II, nn. 1-27.

¹² «¡Qué duro se me hace escribir esta carta! Pero siento el deber de no retrasarla ni siquiera otro día, porque todas las hijas y los hijos del Padre [san Josemaría] tienen derecho a saber algo más que la escueta noticia que acaba de causarnos a cada uno este dolor tan inmenso. Comprenderéis que me es muy difícil hilvanar estas líneas, porque se está sumergido en la pena» (CF, II, n. 1).

¹³ «Yo me preguntaba: si el Padre nos pudiese hablar, ¿qué nos pediría? Pienso que ya nos lo ha dicho a todos: ¡que tenemos que ser fieles! Que me seáis fieles, era como el estribillo del Padre: ¡que me seáis fieles! Me permito insistiros, hermanas y hermanos míos, que nos ha llegado la hora: éste es el momento de serle más fieles que nunca. Es el tiempo de una decidida conversión de nuestra vida a una fidelidad más plena, más delicada, más sincera, más enamorada, más generosa, a toda la herencia espiritual que el Padre nos ha transmitido» (*ib.*, n. 18).

¹⁴ Cfr. CF, II, nn. 28-94. La Carta está fechada el 30 de septiembre de 1975.

¹⁵ Cfr. CF, II, n. 65.

3. EN LA ESCUELA DE LA ESPERANZA DE SAN JOSEMARÍA

La esperanza ocupa en la tradición espiritual de la Iglesia el segundo lugar entre las virtudes teologales¹⁶. La fe es el principio de la vida eterna –el inicio de la salvación¹⁷– pero no agota en sí misma el contenido de la vida espiritual: necesita de la esperanza y de la caridad para conformar plenamente el fiel a Cristo, haciéndolo miembro vivo de su Cuerpo¹⁸. En el entramado que forman las tres virtudes teologales la Escritura reconoce una forma de vida específicamente cristiana¹⁹, que se expresa por medio de actitudes y comportamientos mutuamente implicadas, cuyo origen y cuyo objeto son el mismo Dios²⁰. A una mente informada por la fe le corresponde una voluntad anclada en la esperanza y puesta en ejercicio con la caridad²¹. Las virtudes teologales pueden ser consideradas, desde este punto de vista, como el nervio y la sustancia de la santidad cristiana.

Es coherente, en consecuencia, decir que la fe del beato Álvaro del Portillo en san Josemaría, halló operativamente complemento y continuidad en su esperanza filial, en cuanto partícipe asimismo de la esperanza sobrenatural del fundador. Su objeto es el cumplimiento de las promesas de realización de la Obra al servicio de la Iglesia, de la salvación de los hombres y de rescatar, desde dentro, el mundo, la entera creación, para Dios.

La esperanza teologal, propia del *homo viator*, tiene como horizonte fundamental el logro de la vida eterna²². Su meta es la posesión de Dios, la vida bienaventurada. Esto es lo que significa ser salvados. La llamada a la esperanza de la salvación constituye –particularmente en nuestros días– una tarea programática de la Iglesia. Así lo indica el Concilio Vaticano II²³ y en la misma lí-

¹⁶ Cfr. 1 Co 13,13.

¹⁷ Cfr. SAN FULGENCIO, *De fide, ad Petrum 1*; Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 8, DH 801.

¹⁸ Cfr. CEC, 1815.

¹⁹ Cfr. 1 Ts 1,3; 5,8; Ga 5,5; Ef 1,15-18; 4,2-5; Col 1,4-5.

²⁰ Cfr. CEC, 1812.

²¹ Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q. 62, a. 3.

²² «La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (CEC, 1817).

²³ «Quiere el Padre que reconozcamos y amemos efectivamente a Cristo, nuestro hermano, en todos los hombres, con la palabra y con las obras, dando así testimonio de la Verdad, y que comuniquemos con los demás el misterio del amor del Padre celestial. Por esta vía, en todo el mundo los hombres se sentirán despertados a una viva esperanza, que es don del Espíritu Santo, para que, por fin, llegada la hora, sean recibidos en la paz y en la suma bienaventuranza en la patria que brillará con la gloria del Señor» (Cons. past. *Gaudium et spes*, n. 93).

nea se encuentra la enseñanza del magisterio pontificio posterior, en su diagnóstico sobre la sociedad contemporánea, que parecería haber perdido la capacidad de abrirse a la redención²⁴. Aunque cupiera decir que, en el tiempo presente, muchos parecen no desear la vida eterna, la realidad es que el anhelo de felicidad permanece vivo en el corazón y la conciencia de los hombres. Es tarea de los cristianos volcar sobre el mundo la luz y la sal de su fe y esperanza²⁵, como han hecho a lo largo de los siglos las personas santas, de cuyo *vivir en Cristo* puede afirmarse en verdad que «posee realmente sustancia y es una sustancia que suscita vida para los demás»²⁶.

Al fijarnos ahora en la esperanza sobrenatural de Álvaro del Portillo, veremos que su certeza de tener a Cristo, de vivir en Él y para Él, se traducía –y se manifestaba de manera evidente– en un dinamismo de lucha serena, de esfuerzo perseverante para alcanzar lo que ya poseído en la fe, y de intensa voluntad de entrega al servicio de la Iglesia, de la Obra y de la salvación de las almas. Esa firme esperanza había nacido y crecido al calor de la esperanza teologal de san Josemaría. El *fiat* de Álvaro, semejante al que brilló en la vida del fundador, que era su inmediato punto de referencia, fue un «hágase» activo y diligente, a imagen del pronunciado por la Santísima Virgen.

Su vida laical, sacerdotal y episcopal estuvo caracterizada, en efecto, por el dinamismo de la esperanza, o lo que es igual, por una plena y filial confianza en Dios, una total seguridad en el cumplimiento de las divinas promesas que, al mismo tiempo, era activa fuente de entrega personal y de eficiente servicio a la obra de la redención. Diciéndolo con otras palabras, su obediencia de fe estuvo siempre acompañada de una honda esperanza de hijo de Dios. Vivió, luchó y murió abandonado en manos de su Padre Dios e identificado con su Voluntad. Eso era lo que para el fundador y para él significaba la exigencia de hacer el Opus Dei en la tierra al servicio de la Iglesia.

²⁴ Cfr., por ejemplo, BENEDICTO XVI, Enc. *Spe salvi*, 30-XI-2007, n. 10.

²⁵ «Responde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad» (CEC, n 1818).

²⁶ BENEDICTO XVI, Enc. *Spe salvi*, n. 8. Para quienes contemplan la figura de los hombres y mujeres de Dios –escribe también el Papa emérito (*ibid.*)–, «su vida y su comportamiento son de hecho una prueba de que las realidades futuras, la promesa de Cristo, no es solamente una realidad esperada sino una verdadera presencia». En ellos se hace manifiesto que la esperanza cristiana es ya fuente de certeza y posesión de un don no exclusivamente temporal, llamado a realizarse completamente más allá de la muerte (cfr. *ibid.*, n. 7).

El deseo de gozar de Dios eternamente excluye una visión individualista de la propia salvación. Y, aunque se refiere a algo que está más allá del mundo presente, tiene que ver también con su realización en el tiempo y en la historia²⁷. Incluye, en consecuencia, como objeto secundario, la posesión de los medios que conducen al fin. Es también objeto de esperanza, por tanto, la voluntad de facilitar a los demás el reconocimiento de Cristo como Único Dios y Salvador, así como la conformación cristiana del mundo. Álvaro del Portillo, porque confió desde el primer momento de su vocación en todo lo que se encerraba en la misión de san Josemaría, vivió, en efecto, de esperanza. Con una frase del fundador, la esperanza de ambos podría expresarse así: «*Contribuiremos a ponerlo [a Cristo] en la cumbre de todas las actividades humanas. Se cumplirá la promesa de Jesús: Yo, cuando sea exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí (Ioh XII,32)*»²⁸.

Enseña la Sagrada Escritura que el objeto de la esperanza no se ve²⁹. Pero su posesión, no obstante, como señala santo Tomás, con toda la tradición cristiana, puede ser objeto de la misma certeza que alimenta la fe. Aunque arduo, es un bien posible³⁰. Precisamente esto hace de la confianza una actitud vital nacida de la esperanza, y más aún, una dimensión virtuosa de la esperanza misma. La confianza de alcanzar la meta sostiene el esfuerzo y el empeño apostólico en el camino hacia la santidad, no obstante las dificultades. «*Dios no se cansa de amarnos*», escribió san Josemaría, y con Él todo es posible³¹. «*He visto, en muchas vidas –escribe asimismo el fundador, quizás con cierto acento autobiográfico–, que la esperanza en Dios enciende maravillosas hogueras de amor; con un fuego que mantiene palpitante el corazón, sin desánimos, sin decaimientos, aunque a lo largo del camino se sufra, y a veces se sufra de veras*»³². Tal afirmación de esperanza sobrenatural es aplicable a la letra a su hijo Álvaro. Optimismo y alegría son actitudes que caracterizan su existencia, siempre inmersa también, por otra parte, como muestran los relatos biográficos, en un mar de sufrimiento.

El dinamismo existencial de la esperanza, se relaciona también, además de con la confianza, con la felicidad en lo que ésta tiene de posesión y prenda

²⁷ Cfr. *ibíd.*, n. 15.

²⁸ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa...*, n. 156d.

²⁹ Cfr. Rm 8,24-25.

³⁰ Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De virtutibus* q. 4, a. 1.

³¹ Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 1 ed. Madrid: Rialp, 1977, n. 215d.

³² *Ibid.*, n. 205a.

del bien último sobrenatural. La certeza de quien todo lo espera en Dios –al tiempo que no deja de poner todos los medios a su alcance para conseguirlo– da lugar al optimismo. Y así, la esperanza de quien se abandona completamente en la Providencia divina es una auténtica fuente de alegría. De ese modo vivió y trabajó san Josemaría y con él don Álvaro, que, mirándose en aquel modelo, luchó y murió totalmente abandonado en manos de Dios e identificado con su Voluntad. La paz que irradiaba su persona, de la que hablan cuantos le trataron, transmitía a su alrededor serenidad.

En una de sus Cartas pastorales, con el pensamiento puesto en la vida eterna y confiando en la intercesión de san Josemaría, escribe el nuevo beato unas palabras muy expresivas de su esperanza de los bienes eternos: «Hijas e hijos míos, las campanas que el Padre [san Josemaría], desde el Cielo, ha echado a voleo, ponen a flor de piel en nuestra alma el sentido de la caducidad de lo terreno, y nos ayudan a fijar más firmemente la mirada en la felicidad eterna. Trabajemos siempre con esta gozosa esperanza de los verdaderos bienes. Os repito, con nuestro Padre, que lo que el mundo necesita es, precisamente, este fermento de cristianos que vivan de cara a la eternidad, en medio de todas las realidades de la tierra. Cuanto más se hundan en el suelo los hombres, a fuerza de materialismo, más hemos de mostrar, con sencillez, el testimonio claro de la esperanza en otras metas. El fin de nuestra existencia se centra en Dios, no en un futuro, más o menos lejano pero caduco»³³.

La existencia cristiana auténtica está necesariamente vinculada a la esperanza del Cielo, prometido por Dios a los que le aman (cfr. Rm 8,28-30) y hacen su voluntad (cfr. Mt 7,21)³⁴. Como persona imbuida plenamente de la fe católica, y con la misma intensidad con que su mente y su corazón se adherían por completo a las verdades reveladas sobre nuestro destino eterno, don Álvaro esperaba ardientemente alcanzar y gozar para siempre de la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Con esa esperanza sobrenatural, anhelando el encuentro definitivo con Dios y, al mismo tiempo, plenamente inmerso en la realidad cotidiana de su trabajo y su ministerio pastoral, vivía día tras día y se entregaba a los demás.

³³ CF, II, n. 37.

³⁴ «En toda circunstancia, cada uno debe esperar, con la gracia de Dios, “perseverar hasta el fin” (cfr. Mt 10,22; cfr. Concilio de Trento: DS 1541) y obtener el gozo del cielo, como eterna recompensa de Dios por las obras buenas realizadas con la gracia de Cristo. En la esperanza, la Iglesia implora que “todos los hombres se salven” (1 Tm 2,4). Espera estar en la gloria del cielo unida a Cristo, su esposo» (CEC, n. 1821).

El afán de alcanzar el Cielo, por cuya realización luchaba con firme esperanza se mostraba también en él como íntimo deseo de contemplar la faz del Señor. Lo decía con una expresión castellana tradicional, que había aprendido del fundador: «saltarse el Purgatorio a la torera», pasar directamente, como fruto de la lucha cotidiana, de la vida en la tierra a la vida del cielo: al cara a cara, tan deseado, con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Su fe en la Iglesia, en san Josemaría y en la Obra era, pues, la sustancia de su esperanza de alcanzar las metas apostólicas a las que había entregado su vida, aunque a veces pudieran parecer imposibles. En otra de sus Cartas pastorales se leen, por ejemplo, estas palabras: «Os urjo, hijos míos, a haceros presentes en todos los campos de la sociedad. Es necesario devolver a Dios este mundo que huye de Él. Con optimismo y con paciencia, a pesar de las dificultades y de los parciales fracasos que pueda haber, no cejéis en vuestro empeño por santificar todas las realidades temporales, santificándoos y santificando con ellas a los demás. Tenemos asegurada la victoria, vuelvo a deciros, si permanecemos muy unidos a nuestro Dios, porque el Señor no pierde batallas»³⁵.

Ésa era, en efecto, una convicción indestructible forjada y experimentada día a día en la filial convivencia con el fundador: Dios, en efecto, no pierde batallas.

4. EN LA ESCUELA DE LA CARIDAD DE SAN JOSEMARÍA

En Cristo nos ha sido revelado que la esencia de Dios es el Amor: «*Deus caritas est*»³⁶. La eterna vida trinitaria ha sido dada a conocer como comunión de Personas, como mutua donación amorosa del Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. Así como el amor es la íntima condición del ser y del vivir de Dios, también radica en el amor la razón de su gratuita generosidad sobre el hombre, al que ha creado a imagen suya, y al que ha llamado en Cristo a ser hijo suyo. Al ser revelado en Cristo «el misterio del Padre y de su amor»³⁷, ha quedado también desvelado el misterio del hombre como «la única criatura de la tierra amada por sí misma»³⁸, hecha por amor para el Amor que es Dios, lla-

³⁵ CF, I, n. 247.

³⁶ 1 Jn 4,8.

³⁷ Cfr. GS 22.

³⁸ Cfr. *ibid.*, n. 24.

mada a participar en el Hijo eterno de la condición filial. Ésa es la altísima vocación del hombre.

«La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas, por Él mismo, y a nuestro prójimo, como a nosotros mismos, por amor de Dios»³⁹. Es la primera y la más excelsa entre las virtudes infusas⁴⁰, y puede ser denominada «forma» de todas las demás pues, gracias a ella –es decir, por el amor–, los actos de todas las demás virtudes son ordenados al fin último⁴¹.

Contemplada desde esa perspectiva, la existencia cristiana (el vivir del hombre en Cristo) puede ser descrita como un vivir «arraigados y fundamentados en la caridad»⁴², participando del amor de Cristo, hasta alcanzar, con Él, «toda la plenitud de Dios»⁴³. Si es auténtica, en efecto, la vida del cristiano ha de progresar como creciente identificación con el amor de Jesús a Dios, su Padre, y a sus hermanos los hombres. Precisamente por eso, su plenitud, es decir, la santidad a la que todos los bautizados están llamados, suele también formularse como la perfección de la caridad⁴⁴.

En una de sus Cartas escribió don Álvaro estas palabras: «Pablo VI me dijo, gozoso, que nuestro Padre era como un volcán de amor de Dios. Y así tenemos que ser sus hijas y sus hijos»⁴⁵. Ésa es también la mejor descripción general que puede hacerse de su persona: Álvaro del Portillo ha sido un volcán de amor de Dios. Supo reproducir cabalmente, como hijo fidelísimo, los rasgos espirituales de san Josemaría. Todo era manifestación en ambos de un íntimo convencimiento, que suena así: «lo que verdaderamente cuenta es el amor»⁴⁶, amor a Dios «con todas nuestras fuerzas, y al prójimo por amor de Dios»⁴⁷. Sentía urgencia por corresponder a ese inmenso amor: urgencia de ser –con palabras inspiradas en las del fundador– como «una brasa encendida que quema

³⁹ CEC, n. 1822.

⁴⁰ En cuanto que, como dice Santo Tomás: «attingit ipsum Deum ut in ipso sistat, non ut ex eo aliquid nobis proveniat» (*S. Th.*, II-II, q. 23, a. 6).

⁴¹ «Per caritatem ordinantur actus omnium aliarum virtutum ad ultimum finem. Et secundum hoc ipsa dat formam actibus omnium aliarum virtutum. et pro tanto dicitur esse forma virtutum, nam et ipsae virtutes dicuntur in ordine ad actus formatos» (*S. Th.*, II-II, q. 23, a. 8).

⁴² Ef 3,17.

⁴³ Ef 3,19.

⁴⁴ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. dog. *Lumen gentium*, n. 40.

⁴⁵ CF, I, n. 250.

⁴⁶ Cfr. CF, I, n. 271.

⁴⁷ *Ibid.*

todo lo que hay a su alrededor»⁴⁸, como «un foco de iniciativas al servicio de esa Verdad y de ese Amor misericordioso»⁴⁹.

Amor filial a Dios e identificación plena con su Voluntad constituyen una misma realidad en quienes, configurados por la gracia con el Hijo, se dejan dócilmente conducir por el Espíritu Santo. De la vida de don Álvaro podría predicarse, en este sentido, como característica de fondo imborrable, lo que se lee en una de sus Cartas: «Una decidida determinación de secundar hasta el fondo la Voluntad divina es el único modo de recorrer nuestro paso por la tierra siendo verdaderamente felices, con la felicidad relativa (...) que podemos alcanzar aquí abajo»⁵⁰. Tales palabras, no son autobiográficas, pero cabe afirmar que esa «decidida determinación» ha signado con marca permanente la entera existencia del nuevo Beato.

San Josemaría, en los últimos años de su vida, repasaba una y otra vez tratados teológicos sobre la Santísima Trinidad. «El amor le impulsaba a conocer a Dios con más hondura –señala don Álvaro–, y ese conocimiento encendía su amor, hasta el punto de que un día de 1968 nos confió a don Javier y a mí: *procuro tratar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: es como una necesidad imperiosa porque, si no, no encuentro sentido a la vida*»⁵¹. También su hijo Álvaro abrigaba dentro de sí una idéntica necesidad de trato amoroso con Dios Trino, como saben bien quienes convivieron con él. Su entero ministerio sacerdotal y episcopal, su trabajo cotidiano, su gobierno pastoral del Opus Dei, etc., estuvieron radicalmente signados por la prontitud y la diligencia que impone el amor a Dios. Es decir, por la preeminencia y el dinamismo de una caridad sobrenatural de perfil muy alto. Tal sentido del trabajo, de la propia tarea, sea cual sea, como acto de amor a Dios, como obligación de amor, estaba grabado a fuego en su alma, pues es rasgo esencial del espíritu y de la vida cotidiana de san Josemaría.

Para tratar de la preeminencia de la caridad en la vida de don Álvaro, habría que prestar atención a muchos aspectos que exceden por completo de los límites de estas consideraciones. Sería preciso hablar, por ejemplo, en primer lugar, de su permanente disposición de orientar todas las acciones hacia la gloria de Dios; de su aversión y lucha contra el pecado; de su espíritu de contrición y reparación; del amor sin medida a su vocación divina; etc. Pero también

⁴⁸ CF, I, n. 11.

⁴⁹ CF, II, n. 328.

⁵⁰ CF, I, n. 302.

⁵¹ CF, III, n. 149.

se debería resaltar su amor a las manifestaciones de la bondad y misericordia divinas, concretado en tantas actitudes aprendidas junto a san Josemaría, como, por ejemplo, su amor a la Humanidad Santísima de Cristo; a la Pasión de Nuestro Señor; a la Sagrada Eucaristía; a la santa Misa, centro y raíz de la vida cristiana, conforme a la luminosa enseñanza del fundador; etc. De su amor a la Santísima Virgen, podía don Álvaro decir con san Josemaría: *hijos míos, si en algo quiero que me imitéis es en el amor que tengo a la Virgen.*

En este mismo orden de cosas habría que detenerse en ponderar su amor a la Iglesia, realmente digno de admiración e imborrablemente representado por una voluntad de servicio patente y generoso. El punto de partida de don Álvaro en este terreno era ya de entrada muy alto, en cuanto constituido por su vocación al Opus Dei y por el ejemplo de san Josemaría. Desde sus primeros contactos con el fundador aprendió el nuevo beato que la única ambición de la Obra era «servir a la Iglesia Santa»⁵². Y bajo esa pauta, desarrolló –literalmente hasta el último día de su vida–, primero como fiel laico y, más tarde, como presbítero y obispo un ejemplar amor a la Esposa de Cristo. Inseparable de ese amor fue su comunión filial, afectiva y efectiva, con el Santo Padre (con los cinco Romanos Pontífices a los que pudo tratar: Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II), siempre llena de fidelidad y devoción filial. «Cristo. María. El Papa. –repetiría con palabras de san Josemaría– *¿No acabamos de indicar, en tres palabras, los amores que compendian toda la fe católica?*»⁵³.

Como revela el Texto Sagrado, el amor filial de Jesús a Dios, su Padre, se manifiesta también –y se desborda ilimitadamente, hasta entregar la propia vida⁵⁴– en el amor a sus hermanos los hombres, amados del Padre. El amor de Cristo, ese amor del que nos hace participar el Espíritu Santo a través de los dones sacramentales, es esencialmente amor a Dios e inseparablemente amor a los hombres en Dios. Tal unidad de la caridad (filial con Dios, fraterna con los hombres) representa el compendio de la existencia humana de Jesús. Pero también, al mismo tiempo, representa la síntesis de su enseñanza de salvación, fundada sobre el doble precepto de la caridad: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas (...). Amarás a tu prójimo como a ti mismo»⁵⁵.

⁵² CF, I, n. 318.

⁵³ CF, III, n. 118.

⁵⁴ Cfr. Jn 10,18; 15,13.

⁵⁵ Mc 12,30-31.

El prójimo en la enseñanza del Señor es, ante todo, la persona cercana en la fe, el discípulo (a ellos se dirige estas palabras: «Éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado»⁵⁶), pero lo es también todo hombre, conforme al orden del amor. La caridad cristiana no es solamente amor filial a Dios y amor fraterno entre los discípulos, sino también amor que se ensancha fraternalmente a todos los hombres: buenos y malos, amigos o perseguidores, justos e injustos⁵⁷. La caridad es la ley fundamental de la Iglesia y la señal que más propiamente manifiesta la condición de discípulo de Cristo. Por esa vía nos conduce el Espíritu Santo hacia la santidad, que consiste en la perfección de la caridad⁵⁸.

Es claro, por todo lo dicho, que el amor a Dios y el amor al prójimo han de vivir y crecer juntos en el corazón del cristiano. Y es también, por lo mismo, indudable, que allí donde habita un amor a Dios en grado excepcional –como es el caso de Álvaro del Portillo–, ha de habitar también un amor semejante a los demás: extraordinario, sacrificado, generoso.

Ese amor ordenado, tuvo en san Josemaría su primer y principal destinatario. No podía ser de otro modo: la fidelidad plena de don Álvaro respecto del fundador, siempre acompañada de la segura confianza en él y de una total disponibilidad ante sus requerimientos, estaban movidas y sostenidas por un amor íntegro y cabal. Es un hecho real, y en sí mismo significativo, que en sus escritos son constantes las alusiones al amor filial que profesó a san Josemaría. Tal amor debe ser considerado, por encima de todo, como un don personal, una gracia eficaz que signó enteramente, y de manera creciente, la vida de don Álvaro. Gozó siempre de la gracia de amar y servir con todas sus fuerzas al fundador, y demostró un inmenso cariño hacia todo lo que tuviera relación con él.

Pero Álvaro no sólo fue un hijo fidelísimo de san Josemaría, sino que además, haciéndole eco, ayudó a todos en la Obra, con su ejemplo y sus palabras, a encarnar un profundo sentido de fraternidad, aspecto esencial del espíritu fundacional. Una vez más, su propio testimonio es el más elocuente. En una Carta de familia datada en enero de 1980, escribe: «Hijas e hijos de mi alma, permitidme que os haga una confidencia: yo no vivo más que pensando en nuestro Padre –en cómo serle fiel– y en vosotros, en cómo ayudaros a ser santos. Os

⁵⁶ Jn 15,12.

⁵⁷ Cfr. Mt 5,45.

⁵⁸ Cfr. Const. dog. *Lumen gentium*, n. 40.

ruego –no siento vergüenza alguna al formularos esta indicación– que examinéis vuestro modo de vivir la filiación y, en consecuencia, la fraternidad»⁵⁹.

Se advierte claramente en esas palabras que, en la caridad ordenada de don Álvaro, el amor a san Josemaría se prolongaba en su amorosa entrega a los fieles del Opus Dei. Primero como hermano (1935-1975) y luego como Padre (1975-1994), alentó con gran empeño el ambiente y el tono de familia que el fundador imprimió en el Opus Dei, como algo perteneciente a su esencia. Como él mismo escribe: «Solamente así, intentando de veras que el espíritu de nuestro Padre [san Josemaría] sea (...) vida de nuestra vida, avanzaremos como una gran familia, que es lo que somos; una familia unida, serena, dispuestos todos a entregarnos enteramente a Dios, según el modo específico y el camino peculiar que el Señor nos ha marcado»⁶⁰.

A ese generoso amor fraterno, que más tarde se convierte en amor ilimitado a sus hijos como Padre, va unido en don Álvaro, según el orden de la caridad, su amor a todas las almas, expresado en un ardiente celo apostólico. En una de sus Cartas de familia, cita y, por decirlo así, en cierto modo paladea haciéndolas suyas, unas palabras pronunciadas por san Josemaría, en una meditación del 2 de octubre de 1962: «*Cuando yo tenía barruntos de que el Señor quería algo y no sabía lo que era, decía gritando, cantando, ¡como podía!, unas palabras que seguramente, si no las habéis pronunciado con la boca, las habéis paladeado con el corazón: ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur? (Luc XII,49); he venido a poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda? Y la contestación: ecce ego quia vocasti me! (I Sam III,8), aquí estoy, porque me has llamado. ¿Se lo volvemos a decir ahora, todos, a nuestro Dios?*»⁶¹.

¡Propagar el fuego de Cristo por toda la tierra! Ése mismo era el deseo que latía intensamente en el alma de Álvaro del Portillo, desbordándose hacia todos los hombres. Año tras año –por ilustrar esa afirmación con un ejemplo– impulsó la expansión del Opus Dei por los cinco continentes. Desde 1975 hasta 1994 se inició la labor apostólica de la Obra en Bolivia, Honduras, Costa de Marfil, República del Congo, Hong Kong y Macao, Singapur, Suecia, Taiwan, Camerún, Escocia, Nueva Zelanda, Polonia, Jerusalén, Chequia, Hungría, Santo Domingo, Trinidad Tobago, etc., y dejó todo preparado para que comenzara el trabajo apostólico en Lituania y la India.

⁵⁹ CF, II, n. 286.

⁶⁰ CF, II, n. 83.

⁶¹ Palabras citadas en CF, II, n. 174.

El fuego de caridad que ardía en su corazón se caracterizó también, en fin, por un amor de predilección hacia los pobres y los enfermos. Él mismo hubo de padecer no pocas veces la enfermedad y la carencia hasta de los recursos más indispensables, y vio también encarnadas, en tantas ocasiones, tales privaciones en la persona de san Josemaría y de los fieles del Opus Dei.

La pobreza y el sufrimiento nunca fueron para don Álvaro argumentos lejanos o indiferentes, sino constantes manifestaciones de la Cruz amada del Señor, y por eso mismo ámbito de predilección de su corazón misericordioso. Su profunda compasión por los más necesitados, y su constante voluntad de ayudar a paliar la miseria, han quedado plasmadas en iniciativas de gran importancia social que se encuentran extendidas por todo el mundo, y que están siendo recordadas en estos meses con frecuencia en los medios de comunicación.

* * *

Acabamos ya estas limitadas consideraciones sobre un argumento tan grande ofreciendo una síntesis final.

En la escuela de santidad de Josemaría Escrivá, Álvaro del Portillo ha sido un discípulo de altas cualidades y de particular significado histórico. Eso es lo que estas páginas han podido apenas ilustrar. Se trataba de mostrar en ellas, y con esa idea de fondo han sido redactadas, que el beato Álvaro no sólo aprendió de las enseñanzas del fundador del Opus Dei, sino que, más bien, se esforzó en identificarse en todo con él: con su espíritu, con sus obras, con sus intenciones, con su persona.

Su extraordinaria vida espiritual puede ser contemplada, en consecuencia, como ha quedado expuesto –aunque la atención haya estado centrada en el ejercicio de las virtudes teologales–, como una réplica fiel y filial de la de san Josemaría. La biografía espiritual de don Álvaro es, en verdad, por encima de todo, la de un hijo fidelísimo, imbuido del espíritu y del ejemplo de su padre. Su ejercicio de las virtudes, ha madurado y se ha enriquecido –en cuanto a sus modos prácticos– en el trato diario e iluminante de toda una vida junto al fundador. Cabe, pues, decir que participó filialmente de la fe, la esperanza y la caridad de san Josemaría. No hay vía más alta de relación personal.

Bibliografía

- ARANDA, A., *Al servicio de la misión. El pensamiento teológico-canónico de Álvaro del Portillo*, en www.collecciones.org, 15-IX-2014.
- CONGREGACIÓN DE LAS CAUSAS DE LOS SANTOS, *Decreto de virtudes del Siervo de Dios Álvaro del Portillo y Diez de Sollano*, Roma, 28-VI-2012.
- DEL PORTILLO, Á., *Intervista sul Fondatore dell'Opus Dei*, (a cura di C. CAVALLERI), Milano: Edizioni Ares, 1992.
- DEL PORTILLO, Á., *Rendere amabile la verità. Raccolta di scritti di Mons. Álvaro del Portillo. Pastorali. Teologici. Canonistici. Vari*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1995.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Es Cristo que pasa*, Madrid: Rialp, 1973.
- ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Amigos de Dios*, Madrid: Rialp, 1977.
- GEFAELL, P. (a cura di), *Vir fidelis multum laudabitur. Nel centenario della nascita di Mons. Álvaro del Portillo*, vol. I-II, Roma: ESC, 2014.
- HERRANZ, J., «Il decreto Presbyterorum ordinis: riflessioni storico-teologiche sul contributo di mons. Álvaro del Portillo», *Annales Theologici* 9 (1995) 217-241.
- ILLANES, J. L., «Disponibilità e servizio: un breve sguardo all'opera canonica, teologica ed ecclesiale di Mons. Álvaro del Portillo», *Annales Theologici* 8 (1994) 13-21.
- LO CASTRO, G., «L'opera canonistica di Álvaro del Portillo», *Ius Ecclesiae* 6 (1994) 435-445.
- MATEO-SECO, L. F., «In memoriam. Mons. Álvaro del Portillo», *Scripta Theologica* 26 (1994) 931-952.
- MOLANO, E., «In memoriam. Mons. Álvaro del Portillo», *Ius Canonicum* 34 (1994) 11-22.
- O'CONNOR, J., «Bishop Álvaro del Portillo», *Position Papers* 246-247 (1994) 208-210.
- ORLANDIS, J., «Monseñor Álvaro del Portillo, 1914-1994», *Anuario de Historia de la Iglesia* 4 (1995) 19-25.
- RODRÍGUEZ, P., *La figura eclesial de Mons. Álvaro del Portillo*, en AA.VV., *Homenaje a Monseñor Álvaro del Portillo*, Pamplona: Eunsa, 1995.
- SHAW, R. B., «Álvaro del Portillo», en *New Catholic Encyclopedia* (Supplement 1989-1995), Washington (DC): The Catholic University of America, 1996, 315-317.
- VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, I, Madrid: Rialp, 1997.